

# La pieza del mes. 25 de octubre de 2025

Museo Arqueológico Municipal de Jerez / Asociación de Amigos del Museo

## COMPLEMENTOS DE VESTIR EN ÉPOCA TARTÉSICA

D<sup>a</sup> Ester López Rosendo. Arqueóloga. Universidad de Alicante



En la conformación de la vestimenta, durante la Antigüedad, confluyen aspectos no solo utilitarios sino sociales. Desde la Prehistoria, se tiene constancia del empleo de elementos que complementaban la vestimenta, como emblemas de poder relacionados con el estatus o simbólicos vinculados con la religiosidad, aunque también se conocen objetos exclusivamente estéticos no sólo como adornos sino integrados en la propia confección de los tejidos. Se identifican como objetos de adorno y elementos decorativos tanto alfileres como fíbulas, brazaletes y pulseras, torques, sortijas y anillos, colgantes, cinturones, hebillas de cinturón y pendientes (Eiroa *et alii* 1999: 239-245). De todos ellos hay que distinguir entre los objetos ornamentales que pueden considerarse joyas, y los relacionados estrictamente con la vestimenta.

En la península ibérica se tiene constancia del uso temprano de complementos de vestimenta como la diadema de oro batido y martilleado así como las sandalias de esparto conservadas en un enterramiento colectivo de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol (Granada), fechadas en el Neolítico (entre el 4500 y el 4000 a.C.) y consideradas las más antiguas del Sur de Europa. Uno de los casos más excepcionales hallados en Andalucía son los vestidos femeninos confeccionados con centenares de cuentas elaboradas con conchas hallados en la cámara funeraria del dolmen de Montelirio (Castilleja de Guzmán, Sevilla) además de dos peines de marfil decorados de la Edad del Cobre, III milenio a.C. Se trata seguramente de uno de los ejemplos de la producción de prendas de vestir más complejos documentados en la Prehistoria de la península ibérica, por la incorporación de adornos en la propia vestimenta a base a pequeñas cuentas blancas perforadas y otros elementos decorativos como tintes rojos.

Así mismo una aguja de coser teñida con restos de almagra roja también se encontró entre los elementos de un telar en una covacha calcolítica en Pocito Chico (El Puerto de Santa María) que evidencia la posibilidad del uso de los tintes en las vestimentas prehistóricas en la campiña de Cádiz. Durante el III milenio también se conoce un vestido de Cueva Sagrada de Lorca, confeccionado para un adulto en lino, elaborado con dos piezas simétricas de 1,5 m cosidas por los

laterales y atada al cuello con cordones de enea, y que presentaba trazos de haber estado decorado con motivos pintados en rojo (Museo Arqueológico de Lorca). Para unir las diferentes partes de la indumentaria se reconocen desde el Calcolítico y hasta la Edad del Bronce algunos ejemplos de botones elaborados a partir de hueso y marfil recortado y pulimentado hallados en Los Castillejos de las Peñas de Los Gitanos de Montefrío (Granada), datados en torno al 2600-2400 a.C. (Museo Arqueológico de Granada).

El trabajo que nos ocupa se centra fundamentalmente en los objetos que sirven de forma implícita como complementos de tejidos, cuya finalidad en la vestimenta personal cumple con una doble función: servir como elementos propiamente diseñados para prender vestidos o ajustarlos al cuerpo o, en otros casos más sofisticados, con una función ornamental, de ostentación de un determinado grupo social e incluso de identificación étnica. Muchas veces en un mismo objeto se pueden dar varias o todas estas funcionalidades. De todos ellos, las fíbulas son los elementos de adorno personal que mejor permiten identificar un contexto cronológico ya que se ajustaban a la evolución de las modas, sobre todo en los momentos finales de la Prehistoria (Eiroa *et alii* 1999: 240). Por su carácter simbólico, y en algunos casos suntuario, se adoptan rígidos estándares establecidos con patrones icónicos de cada sociedad, fácilmente reconocibles según la región.

Las fíbulas son los accesorios de vestir más característicos de la Europa prehistórica del I milenio a.C. Servían para sujetar túnicas, capas u otras prendas de vestir, con la misma funcionalidad que hoy tienen los imperdibles. Pronto dejaron de ser un mero instrumento para convertirse en un adorno y símbolo de prestigio y ostentación. Cumplen, por tanto, dos objetivos: uno funcional y otro ornamental, de prestigio. El vocablo fíbula significa aguja que ha derivado en español a hebilla. Se aplica a todo tipo de piezas metálicas utilizadas en la Antigüedad para unir o sujetar alguna de las prendas que componían el vestido, ya que los botones no se desarrollaron hasta muy entrada la Edad Media.

Suelen estar fabricadas en metal, sobre todo en bronce las más antiguas, aunque también se ela-

boraban en hierro, en oro y en plata, en menor medida. Las más habituales en la península ibérica eran de bronce binarios, más que ternarios, por la continuidad de las técnicas metalúrgicas locales. Algunas se pudieron hacer a molde, sobre todo el arco de algunas anulares, aunque las fíbulas no se fabrican a molde, sino con hilos martilleados a forja, sobre todo las más antiguas, que solían generarse a partir de alambres de metal retorcidos. Se componen de cuatro partes fundamentales: puente o arco (parte visible), aguja de sujeción que se une al puente mediante un resorte o charnela en su extremo distal y, por el otro, cierra o se apoya sobre una mortaja o pie (que sirve de lecho a la aguja). La mortaja remata en un pie, que puede ser vuelto o terminar en un apéndice. Unían dos prendas textiles de manera que la aguja quedaba oculta siempre por debajo, cubierta por un puente curvado, una placa o un disco, donde se concentraba la decoración de la pieza.

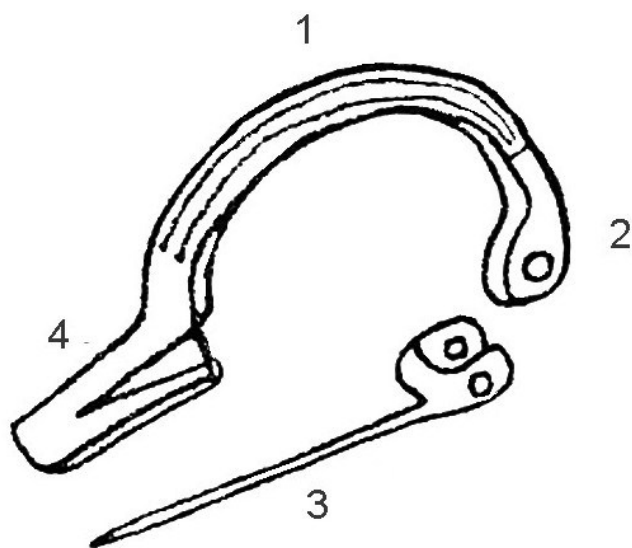


Fig. 1. Partes de una fíbula: puente (1), resorte o charnela (2), aguja (3) y pie o mortaja (4)

## LAS FÍBULAS EUROPEAS

Las primeras fíbulas metálicas aparecen en centro-Europa a finales de la Edad del Bronce y fueron el accesorio más característico de la vestimenta en toda Europa, durante el I milenio a.C. En el atuendo masculino de la Europa continental derivó en tipos con un valor más simbólico

que ornamental, posiblemente como distintivo de clanes territoriales o de una posición social predominante. El origen de las fíbulas se establece en la zona de los Alpes (Norte de Italia, Austria y Sur de Alemania) a fines del siglo XIV e inicios del XIII a.C., cuyo modelo más antiguo responde al tipo denominado “de violín”. Las más emblemáticas del Bronce Final y del Hierro I son las de la Cultura de Hallstat en centro-Europa, aunque alcanzaron su mayor desarrollo en el Hierro II, con la cultura de La Tène, perdurando hasta época romana.

Al final de la cultura de Hallstat el puente presenta decoraciones muy sofisticadas concentradas en la zona más visible del arco, que van desde incisiones, incrustaciones de coral e incluso hilos de bronce enrollados en forma de espirales o doble espirales. Ya en la Segunda Edad del Hierro en Europa, las fíbulas presentan formas muy sofisticadas en cada región. Aunque destacan los tipos de La Tène I con máscaras humanas y cabezas de animales, mientras que en La Tène III se desarrollan sobre todo las decoraciones geométricas con cuatro espirales, a veces con incrustaciones de esmaltes o de pasta vítrea o con el arco decorado con motivos antropomorfos o zoomorfos.

En la Meseta Norte de la península ibérica, durante la II Edad del Hierro se elaboraron tipos de fíbulas radicalmente distintas a las del área de influencia tartésica, que entroncan más con tradiciones centroeuropeas de influencia céltica, destacando en el área celtibérica, las representaciones zoomorfas como las llamadas fíbulas de caballito. A partir del Hierro II van a ser habituales también las fíbulas de tipo La Tène cuya estructura básica era muy sencilla, aunque con diversas variaciones y tipos de desarrollo regional, como las de pie vuelto y de botón terminal. Al final de la Edad del Hierro se desarrollan las de tipo omega que perduran en época romana.

En el Mediterráneo central las fíbulas mejor sistematizadas se encuentran en la península itálica, donde están presentes todos los tipos que serán los más usuales de la Protohistoria europea. Los más antiguos corresponden básicamente al tipo más simple de “arco de violín” (Bronce Final I). Con posterioridad se produce un desarrollo concentrado sobre todo en la zona del arco,

“fíbulas de arco”, donde se distinguen las de arco filiforme de las foliáceas. Durante la I Edad del Hierro se desarrollaron las fíbulas de arpa y de *navicella*, muy características de la península itálica.

### LAS FÍBULAS EN TARTESSOS

En la península ibérica las fíbulas aparecen al final de la Edad del Bronce, en todo el área atlántica (Terrero 1991: 14-15, lám. VIII). Durante el Bronce Final, el tipo más característico era la “fibula de codo” a partir de un arco quebrado. La primera vez que se recuperó un conjunto de fíbulas de la Edad del Bronce en la península ibérica fue en 1924 durante los dragados de la Ría de Huelva, fechadas en torno al siglo X a.C. Estas fíbulas de codo del depósito de la Ría de Huelva son una versión hispánica que imitaba el tipo “de codo” que surgió en Italia y Sicilia en el siglo XI a.C. Se cita un conjunto de hasta doce fíbulas, muchas de ellas fragmentadas, aunque las más completas medían 61 milímetros, que según Almagro surgen por las relaciones directas con el Mediterráneo central, en concreto con Sicilia (Casibile), aunque los tipos onubenses se caracterizan porque tienen el arco aplastado. Pero en los depósitos de la Ría de Huelva hay al menos dos conjuntos: el depósito con “fíbulas de codo” (Terrero 1991: 14-15, lám. VIII) y otro procedente de otro sector de la Ría con “fíbulas anulares” que no pertenecen al mismo conjunto que el del Bronce Final (Terrero 1991: lám. XII: fíbulas hispánicas de bronce) pero que completan la secuencia de fíbulas de bronce más usuales en la región de Tartessos. Cabe señalar también que en este depósito de la Ría de Huelva se hallaron hasta 12 botones de bronce de forma cónica y de unos 3 cm de altura que tienen precedentes en Alemania, Suiza e Italia (Terrero lám. VIII 280/287).

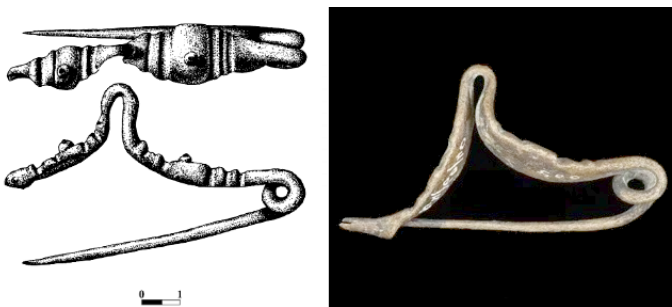
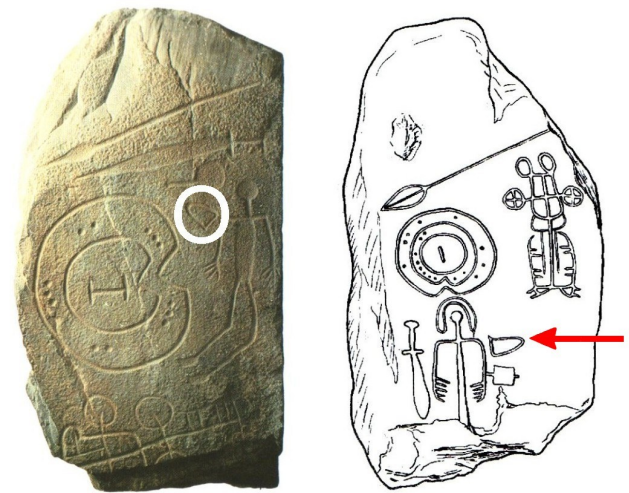


Fig. 2. Fíbula de codo “tipo Huelva”, o de la Ría de Huelva (Museo de Huelva; dibujo de Herrán 2008)

Para conocer el contexto de uso de las fíbulas de codo durante el Bronce Final, las mejores representaciones se encuentran grabadas en las estelas decoradas del SO, también llamadas “estelas de guerrero”. Hoy en día el registro ha permitido reconocer que se extienden por toda la fachada atlántica de la península ibérica, alcanzando un número de más de 170 ejemplares, aunque con una gran concentración en la zona de Extremadura. El problema de estas estelas de piedra es su cronología, porque la mayor parte de ellas aparecen descontextualizadas. Se clasifican genéricamente en tres tipos: las estelas “básicas” que representan únicamente la panoplia de un guerrero (escudo, lanza y espada) y que pueden ser las más antiguas que otras más complejas que reflejan ya la aparición de la figura humana (guerreros y figuras diademadas). En estas estelas aparecen ya representadas las primeras fíbulas que se conocen en la península ibérica, en torno al 1000 a.C. que se identifican con fíbulas de codo, aunque alguna podría ser también de violín.



Solana de Cabañas (Cáceres)

Cabeza de Buey (Badajoz)

Fig. 3. Estelas decoradas del SO con representaciones de fíbulas

### LAS FÍBULAS EN LA EDAD DEL HIERRO

Ya durante la **Primera Edad del Hierro** destaca en general en el mediodía peninsular la fíbula “de doble resorte”, un tipo propiamente hispánico, con algún ejemplar documentado en el Túmulo 1 de Las Cumbres y en algunas habitaciones del yacimiento fenicio del Teatro Cómico

de Cádiz (Período IV), en cuya necrópolis también se conocen algunos tipos clásicos de la región tartésica como la fíbula de tipo Acebuchal de la tumba 7 de la c/Mirador 12, 14 y 16/ Sto. Domingo 25 y 27 (Barrio de Santa María) o la hallada en Los Garciagos de Jerez, identificadas sobre todo en necrópolis del área nuclear tartésica. Otro modelo de fíbula tartésica es la llamada tipo Alcores con algún ejemplar hallado en el santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda) o en la factoría P-19 (El Puerto de Santa María).



**Fig. 4.** Fíbula de doble resorte. (Fotografía Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid)

Son habituales en enterramientos tartésicos como en el Túmulo 1 de Las Cumbres (El Puerto de Santa María), donde se conocen numerosos ejemplares de fibulas de doble resorte, en el contexto tartésico funerario más antiguo documentado en la Bahía de Cádiz. En el Túmulo 1 de Las Cumbres, el 50% poseía ajuares metálicos, entre los que se citan objetos de bronce como ocho tumbas con fibulas de doble resorte y otros elementos de adorno como broches de cinturón tartésicos de placa y un solo garfio, de fines del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata 1988: 45; Ruiz Mata y Pérez 1989). No se documentan en las necrópolis fenicias de la época arcaica temprana. En la necrópolis fenicia del siglo VI a.C. de Cádiz sólo se conocen dos cremaciones con fibulas y broches de cinturón posiblemente pertenecientes a mujeres indígenas, pero no es propio de las tumbas fenicias, a diferencia de las tartésicas donde son muy habituales (Ruiz Delgado 1989; Jiménez Ávila 2002: 310-314). Uno es el de la c/ Mirador 12-16/ Santo Domingo 25-27, en el Barrio de

Santa María, donde se recuperó una fíbula de tipo Acebuchal y una placa de cinturón de bronce tartésica (Blanco 2010: 334 y 335), y el reciente hallazgo de una placa de cinturón de bronce en una de las tumbas de la c/ Marqués de Copranis, en el siglo VI a.C., posiblemente se trate de mujeres indígenas que viven en la Gadir fenicia, y se entierran con sus atributos de distinción social. Su aparición en contextos domésticos fenicios, como en el cercano Teatro Cómico de Cádiz, es esporádica ya que durante el Período II (fines del siglo IX e inicios del VIII a.C.) apenas se documentan algunos fragmentos de fibulas de doble resorte de bronce y, en un contexto más tardío del Período III además de un ejemplar de tipo Alcores en un contexto del Período IV.

A partir del siglo VI a.C. surge también la fíbula “anular hispánica”, objeto del presente trabajo. Su apelativo “hispánica” se consagró entre los arqueólogos españoles de mediados del siglo XX porque solo se encuentra en la península y es propia de la cultura ibérica (Cuadrado, 1957). Este tipo de fíbula está formado por un aro o anillo circular que le da nombre, sobre el cual se monta un arco metálico en forma de semicírculo, unidos en una sola pieza. En nuestro área de estudio la fíbula del yacimiento de Los Villares constituye uno de los ejemplares más antiguos conocidos de este tipo, junto con otros ejemplares hallados en el Castillo de Doña Blanca, aunque se desarrollan más en contextos ya de época turdetana como una fíbula hallada en la Casa Quemada del siglo V a.C. del Castillo de Doña Blanca, o las del IV a.C. de Mesas de Asta y los numerosos ejemplares documentados en el santuario de La Algaida.

### LAS FÍBULAS DEL MUSEO DE JEREZ

La fíbula de Los Villares es de tipo “anular hispánica” antigua, realizada en bronce y fechada en la primera mitad del siglo VI a.C. Presenta un diámetro máximo de 6,2 cm, un grosor medio del hilo de 0,3 cm, con el puente algo retorcido y anilla ligeramente achatada. El hilo es de bronce forjado, propio de las fibulas antiguas. La aguja, de sección circular, muestra mayor grosor que el resto de la pieza. El puente también tiene sección circular y está realizado aún de manera rudimentaria, mediante un alambre que se enrolla en sus extremos en la anilla de la pieza. Es la única pieza que presenta una ligera torsión y está achatada

do y ligeramente doblado posiblemente por ser amortizado en el depósito de su hallazgo. En origen, este alambre de bronce debió formar un puente completamente semicircular, aunque por motivos de conservación apareció deformado. Se trata de uno de los hallazgos más significativos de época orientalizante del yacimiento de Los Villares, situado en el área conocida como Montealto, en la zona norte de Jerez de la Frontera (López Rosendo 2007: 33).



**Fig. 5.** Fíbula anular hispánica de Los Villares (MAMJerez)

El contexto del hallazgo es bien conocido en la comarca jerezana, pues procede del asentamiento rural de época tartésica de Los Villares/Montealto. La pieza apareció completa, aunque algo retorcida, en el interior de un silo durante la campaña de excavación de 2005, junto a dos agujas completas de bronce, varias fusayolas de barro cocido y abundantes piezas cerámicas procedentes de un ámbito doméstico de la primera mitad del siglo VI a.C. (López Rosendo 2007: 33, foto 3). Visto en conjunto es posible que la fíbula, por su excepcional estado de conservación, estuviese prendida en un manto dentro de un espacio donde posiblemente se estaban elaborando tejidos, pues estos tres elementos (fusayolas, fíbula y agujas) son indicios relacionados con esta actividad artesanal.

Otra fíbula anular hispánica turdetana procede de la Casa Quemada del Castillo de Doña Blanca. Presenta ya un diámetro más reducido que las de tipología antigua, con 3,76 cm, un grosor de 0,27 cm (anilla) y hoja de 1,10 cm (ancho). La fíbula está perfectamente fechada en el siglo V a.C. por el contexto del hallazgo.



**Fig. 6.** Fíbula anular de la Casa Quemada de Doña Blanca (MUPAH, El Puerto de Santa María). Fotografía Ester López

Otro de los conjuntos más interesantes se recuperó en el pinar de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda) donde, durante la Antigüedad se ubicaba uno de los santuarios más emblemáticos del área turdetana, a la entrada del antiguo estuario del Bajo Guadalquivir. Fue frecuentado entre los siglos VI a III a.C. por navegantes de todo el Mediterráneo que entregaban ofrendas, posiblemente para buscar la protección de una divinidad femenina. Allí se depositaron numerosas figuras de terracota votivas, anillos de bronce, cuentas de collar de cornalina y de pasta vítrea, conchas, anzuelos, agujas de bronce y otros elementos de pesca, placas oculadas de plata, amuletos, escarabeos y hasta un número de 101 fíbulas según R. Corzo, casi todas del tipo “anular hispánico”, que debían ir insertadas en mantos entregados como ofrendas (Corzo 2000 y Moneo 2003: 66), aunque también se conoce un ejemplar más antiguo de tipo Alcores (Storch de Gracia 1989).

La fíbula de tipo Acebuchal del Cerro Naranja/Los Garcíagos, fue recogida en la ladera del cerro



**Fig. 7.** Fíbula anular de La Algaida (según Corzo; Foto I. Pérez)

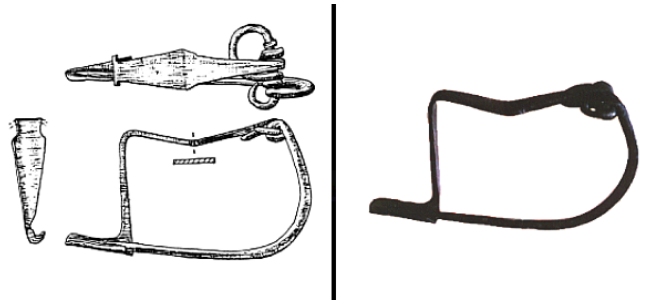
durante las actividades arqueológicas del Museo Municipal de Jerez. Se trata de un tipo antiguo de tradición orientalizante cuya cronología se establece en el siglo VI a.C. en la región tartésica (González Rodríguez, Barrionuevo y Aguilar, 1997: 71, fig. sup. dcha.). Se trata de una fíbula de bronce completa, aunque retorcida por deformación, cuya cronología indica posiblemente la existencia de un asentamiento anterior al siglo III a.C. Pertenece al “tipo Acebuchal”, con resorte bilateral, con lazo y pie vuelto con botón. Mide 6,3 cm de longitud por 3,5 cm de altura. Otra fíbula de tipo Acebuchal se documentó en una cremación del siglo VI a.C. en la c/ Mirador 12-16/Santo Domingo 25-27 de la necrópolis fenicia de Cádiz.



**Fig. 8.** Fíbula tipo Acebuchal del Cerro Naranja (MAMJerez) y de la necrópolis de Cádiz, c/ Mirador (según F. Blanco. Foto Junta de Andalucía)

En la Necrópolis del Rosario se citan fragmentos del puente de una fíbula “tipo Alcores” (siglo VI a.C.) asociada a una zona de posibles cremaciones, aunque sólo se trata de material de prospección. Hay otra del mismo tipo en La Algaida (Storch de Gracia 1989; Pérez López 1998), en la factoría de salazones P-19 (Museo Municipal de

El Puerto de Santa María) y en un contexto urbano del Período IV del Teatro Cómico de Cádiz.



**Fig. 9.** Fíbula tipo Alcores de La Algaida (dibujo de Storch de Gracia, Foto I. Pérez)

Otro ejemplar de fíbula anular procede de Gibalbín. Se trata de un modelo clásico de fíbula anular hispánica pero evolucionado, donde se produce una reducción del diámetro de la anilla circular y se engrosa significativamente el puente, pasando del alambre del siglo VI a.C. a una verdadera hoja de cierto grosor que se une a la anilla, abrazándola, pero no enrollándose (González Rodríguez y Barrionuevo, 2020: 68, 2.6, dcha.) Además de ser muy habituales en contextos urbanos como en el Castillo de Doña Blanca, durante la fase turdetana del asentamiento.



**Fig. 10.** Fíbula anular. Gibalbín (MAMJerez)

Una fíbula de bronce de tipo **La Tène I** clásico, procedente de Cerro Bardona, se fecha en la segunda mitad del siglo II a.C. Con longitud de 4,5 cm, y altura del puente de 2,4 cm, El puente semi-circular tiene forma de arco y sección hemiesférica

ca. De su cabeza arranca un resorte bilateral de seis espiras en cada lado que cruza de un lado a otro mediante una cuerda situada al exterior del puente, continuando dicho resorte en la aguja de la fíbula. Del extremo de la mortaja debió arrancar en su momento un pie vuelto en forma de bellota que no se conserva en la actualidad. Procede del asentamiento rural de Cerro Bardona y, por el contexto en el que apareció, puede fecharse en la segunda mitad del siglo II a.C. Este tipo de fíbula se origina en el segundo cuarto del siglo V a.C. entre los pueblos celtas de Europa central y, desde allí, se extendió por la Meseta Norte de la península ibérica, entre fines del siglo V e inicios del IV a.C., perdurando incluso hasta el siglo I a.C. No es un tipo de fíbula demasiado extendido por Andalucía Occidental, quizá debido a la ausencia en la zona de hallazgos funerarios de dicha cronología (González Rodríguez y Barrionuevo, 2020: 75, 2.17)



Fig. 11. Fíbula Tipo La Tène I. Cerro Bardona (MAMJerez)

Dos fíbulas de bronce de época republicana proceden de los vertidos de ámbitos domésticos del alfar de Verinsur (Bolaños). Son del tipo de resorte, identificadas como de la serie 1 o 2 de Mariné, propias del siglo I a. C. hasta época cesariana (2001) y de tradición local (Bernal-Casasola, Díaz Rodríguez, Lavado Florido y Portillo Sotelo 2020: 192 y 196, fig. 4: 8 y 10). Se trata de las fíbulas de cronología romana más antigua halladas en la comarca de Jerez, y el precedente de otro tipo de fíbula de bronce muy habitual en contextos romanos, las fíbulas de tipo “charnela”, que son ya de cronología más reciente (González Rodríguez y Barrionuevo, 2020: 94, 3.22).

## LAS FÍBULAS EN EL MUNDO ANTIGUO

Sobre el origen mitológico de la fíbula en el Mediterráneo, hay que hacer mención a la tragedia del dramaturgo griego Sófocles, elaborada en el siglo V a.C., pero que recoge con mucha probabilidad un mito anterior. En su obra *Edipo Rey*, narra las hazañas del rey de la ciudad de Tebas, una antigua polis griega donde, resolviendo el enigma de una Esfinge y sin saberlo, mató a su padre y se casó con su madre, Yocasta. En este mito, el padre de Edipo, Layo, advertido de la traición de su hijo cuando aún era un niño y antes de abandonarlo en el monte Citerón, le clavó una fíbula agujereándole los pies, por lo que se le atribuyó el apelativo de “el de los pies hinchados”. Según contaba Sófocles, la fíbula pertenecía al ropaje de la reina Yocasta, muy aficionada a las joyas y adornos. Posteriormente, cuando Edipo se dio cuenta de que había yacido con su propia madre, utilizó una fíbula para clavársela en los ojos y quedarse ciego.

En este mito se insiste en el valor utilitario de la fíbula en la vestimenta de la realeza, como símbolo de la transmisión del linaje real, siendo un atributo femenino. En circunstancias normales, Edipo habría sido coronado rey al fallecer su padre en un acto solemne en el que se le hubiese impuesto un manto púrpura propio de la realeza. Pero en este mito, es la fíbula materna que prende de la capa la que trastoca el traspaso legítimo de la herencia real para convertirse en instrumento de castigo, ante la traición y la aberración del incesto. El trasfondo de este mito griego muestra de la no aceptación social de prácticas hereditarias endogámicas, como era habitual en otras monarquías orientales para justificar la transmisión de la divinidad.

A partir de fines del siglo VI o inicios del V a.C., en la época en la que Sófocles escribe su obra, en el SE de la península ibérica son cada vez más frecuentes las terracotas votivas que hablan de la realidad cotidiana del culto. Entre ellas destacan las representaciones de mujeres ataviadas al estilo griego (Almagro Gorbea 1980), con dos prendas de vestir clásicas: el peplo o “quitón”, con un manto sobrepuesto o “himation” que se populariza en estos momentos, aunque en época arcaica estaba reservado a las clases más pudientes. El “quitón” era una túnica básica usada por los antiguos grie-

gos y el “himation” un manto o capa exterior más pesada. El “himation” era una gran pieza rectangular de tela, típicamente de lana, que se colocaba sobre los hombros de diversas maneras para abrigo y como símbolo de estatus. Debió ser también la forma de vestir al menos desde el Bronce Final aunque se generaliza durante la Edad del Hierro. El uso de estos mantos en el área turdetana está atestiguado por la presencia masiva de fíbulas durante la Segunda Edad del Hierro y por la importancia que tuvieron los tejidos de lana en la región, de gran calidad según afirma Estrabón, quien nos informa sobre la excelente lana de los tejidos turdetanos y del comercio de ovejas para el cruce de especies (Str. III,2,6), destinado a producir lana de calidad.

Una de las manifestaciones escultóricas más antiguas que porta una fíbula anular hispánica es la Dama de Elche, c. 470-460 a.C. el busto femenino más emblemático del arte ibérico que posiblemente representa una reina ilicitana, según Almagro Gorbea. Presenta sobre el pecho una fíbula anular que abrocha la túnica, además de ostentar todos sus atributos de poder propios de una mujer de la época.



**Fig. 12.** La Dama de Elche. Porta una fíbula anular sobre el pecho (MAN)

Así, también debieron ir prendidas de mantos de lana las innumerables fíbulas halladas entre los depósitos de ofrendas del santuario turdetano de La Algaida en Sanlúcar de Barrameda (Corzo 2000 y Moneo 2003: 66). Otro ejemplo de representación de fíbula anular en Turdetania aparece en la figura masculina del conjunto escultóri-

co de El Matrimonio de Orippe (Dos Hermanas, Sevilla). Fechado en torno a finales del s. I a. C., formaba parte de un conjunto funerario y presenta una mezcla de elementos de la cultura indígena turdetana y del mundo romano en el territorio de Orippe. En esta escultura la figura masculina viste la túnica corta turdetana, donde aparece prendida una fíbula anular hispánica.



**Fig. 13.** Conjunto escultórico del Matrimonio de Orippe (Museo Arqueológico de Sevilla)

Otros conjuntos escultóricos de la misma época en Turdetania también dan muestra de otros adornos de vestimenta típicos de la población local, como el broche de cinturón que porta la Auletrix de Osuna, que tiene sus precedentes en contextos funerarios del siglo VI a.C. en la región, sobre todo en tumbas femeninas.

Otros contextos que nos ilustran sobre complementos de vestidos son los tesoros áureos con diademas que son excepcionales en Turdetania, como los casos del Tesoro de Eborá (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), el de la Puebla de Los Infantes (Sevilla) o el de Mairena del Alcor, ocultado posiblemente durante los conflictos bélicos de la Segunda Guerra Púnica, donde se aprecia una continuidad de la artesanía orientalizante en la fabricación de piezas de oro utilizando las técnicas de la filigrana y el granulado. Este último tesoro áureo también contiene una fíbula de oro de posible influencia centroeuropea. La vestimenta es un escaparate ante la sociedad, por lo que se convirtió ya desde la Prehistoria en un lenguaje lleno de simbología, al margen de su funcionalidad básica e individual.

Ester López Rosendo

**Descripción**

Fíbula anular con puente semicircular elevado que se enrolla de manera tosca en ambos extremos.

**Materia**

Bronce

**Dimensiones**

Diámetro máximo; 6,2 cm. Altura del puente 2,8 cm.

**Procedencia**

Los Villares Montealto. Fecha de ingreso; 12-08-2004. Excavaciones dirigidas por D<sup>a</sup> Ester López Rosendo

**Bibliografía**

- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1980): *Corpus de las terracotas de Ibiza*. Bibliotheca Praehistorica Hispana 18. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Español de Prehistoria.
- BERNAL CASASOLA, D.; DÍAZ RODRÍGUEZ, J.J.; LAVADO-FLORIDO, M<sup>a</sup> L. y PORTILLO SOTELO, J.L. (2020): "Verinsur: de las estructuras de producción de una nueva figlina tardorrepublicana gaditana", en Aquilué, X.; Beltrán de Heredia, J.; Caixal, A. Fierro, J. y Kirchner, H. (Eds.): *Estudis sobre ceràmica i arqueologia de l'arquitectura. Homenaje al Dr. Alberto López Mullor: 187-201*. Barcelona.
- BLANCO JIMÉNEZ, F. J. (2010): "Broche de cinturón tartésico" y "Fíbula de bronce de tipo Acebuchal", en López de la Orden, M.<sup>a</sup> D. y García Alfonso, E. (eds.) *Catálogo de la exposición Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atlántico: 334 y 335*. Junta de Andalucía y Cajasol.
- CORZO, R. (2000): "El santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz) y la formación de sus talleres artesanales". *Actas de las XIV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica "Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas"*. Ibiza:147-183.
- CUADRADO, E. (1957): "La fíbula anular hispánica y sus problemas". *Zephyrus*, n.º 8: 5-76.
- EIROA, J. J.; BACHILLER GIL J. A., CASTRO PÉREZ, L. y LOMBA MAURANDI, J. (1999): *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*. cap. 5 Tecnología y tipología de los útiles metálicos: 239-245. Ariel Historia.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R.; BARRIONUEVO, F. y AGUILAR, L. (1997): *Museo Arqueológico Municipal Jerez de la Frontera*. Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. y BARRIONUEVO CONTRERAS, F. J. (2020): *Guía-Catálogo del Museo Arqueológico Municipal de Jerez de la Frontera. La historia de Jerez en sus colecciones*. Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de Jerez y Peripicias Libros, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Real Academia de la Historia. Madrid.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2007): "El yacimiento arqueológico de Los Villares/Montealto y los orígenes tartésicos y romanos de la población de Jerez", en *Revista Historia de Jerez* n.º 13: 9-34. Centro de Estudios Históricos Jerezanos. Jerez de la Frontera.
- MONEO, T. (2003): *Religio Iberica. Santuarios, ritos y divinidades* (Siglos VII-I a.C.). Bibliotheca Archaeologica Hispana 20.
- PÉREZ LÓPEZ, I. (1998): "Los santuarios de la Baetica en la Antigüedad: los santuarios de la costa". Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- RUIZ DELGADO, M. M<sup>a</sup>. (1989): *Fíbulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*. Anales de la Universidad Hispalense, vol, 112. Serie Filosofía y Letras. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- RUIZ MATA, D. (1988): "El Castillo de Doña Blanca. Yacimiento clave de la Protohistoria peninsular", *Revista de Arqueología* n.º 85: 36-48. Madrid.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ PÉREZ, C.J. (1989): "El Túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María)", en Aubet Semmler, M.<sup>a</sup> E. (Coord.), *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir: 287-295*. Sabadell.
- STORCH de GRACIA y ASENSIO, J. (1989). "Las fíbulas tartésicas", en *Homenaje al profesor Antonio Blanco Freijeiro*: 69-105. Universidad Complutense de Madrid.
- TERRERO, J. (1991): *Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva*. Clásicos de la Arqueología de Huelva 3 / 1990. Excm. Diputación Provincial de Huelva.